

Era característico de Wittgenstein no tomar partido en los debates filosóficos preexistentes, considerando los pros y los contras de los argumentos poniéndose del lado del más persuasivo. Más bien, se esforzaba por poner de manifiesto los puntos de coincidencia entre las partes enfrentadas, los supuestos compartidos que todos daban por descontado, y, a su vez, desafiaba tales coincidencias y supuestos. En el debate sobre la naturaleza de la filosofía, cuestionó el supuesto de que la filosofía es una disciplina cognitiva en la que se descubre un nuevo conocimiento, se construyen teorías y se mide el progreso por el crecimiento del conocimiento y por la confirmación de las teorías.

Wittgenstein pensaba que los problemas filosóficos surgen principalmente de características del lenguaje que nos confunden, ya que nuestro lenguaje presenta conceptos diferentes de maneras similares. El verbo “existir” no parece diferente a verbos como “comer” o “beber”, pero mientras que tiene sentido preguntar cuánta gente en la universidad no come carne o no bebe vino, no tiene sentido preguntar cuánta gente en la universidad no existe. Ser rojo es una propiedad que tienen algunas cosas y de la que carecen otras cosas, pero ¿es la existencia una propiedad que algunas cosas tienen y de la que carecen otras? Las cosas pueden llegar a existir y luego dejar de ser – pero ¿significa esto que adquieren una propiedad de la que inicialmente carecían y luego pierden? Según Wittgenstein en la filosofía estamos constantemente engañados por las similitudes gramaticales que enmascaran diferencias lógicas profundas. Por eso hacemos preguntas que son inteligibles cuando preguntan por ciertas categorías de cosas, pero que no tienen sentido o tienen un sentido muy diferente cuando se preguntan sobre cosas que pertenecen a una categoría diferente. Las preguntas filosóficas con frecuencia no son tanto preguntas en busca de una respuesta como preguntas en busca de un sentido. “La filosofía es una lucha contra el encantamiento de nuestro entendimiento por parte del lenguaje” (*Investigaciones filosóficas* § 109).

La filosofía es categóricamente diferente a la ciencia. La ciencia construye teorías, las cuales nos permiten predecir y explicar los acontecimientos. Se pueden comprobar en la experiencia y pueden solamente aproximarse a la verdad. Pero en este sentido de “teoría”, no puede haber ninguna teoría en filosofía. La tarea de la filosofía es resolver o disolver los problemas filosóficos clarificando lo que tiene sentido. Según Wittgenstein lo que es distintivamente filosófico es el entendimiento del propósito para el que sirven las palabras. Describir el uso de las palabras es un método de desenmarañar confusiones conceptuales – confusiones que surgen, entre otras, a través de la falta de atención al mal uso de las palabras. Sirve para resolver o disolver problemas filosóficos. Mientras que las dificultades filosóficas se produzcan por el abuso involuntario de nuestros conceptos existentes, no pueden resolverse reemplazándolos con diferentes conceptos, ya que todo lo que se hace es correr un tupido velo. La tarea de la filosofía no es resolver una contradicción o paradoja por medio de una innovación conceptual, sino más bien conseguir una visión clara de la estructura conceptual que nos preocupa: la situación que da lugar a la contradicción queda resuelta. Nos enredamos en las reglas del uso de nuestras expresiones y la tarea de la filosofía es obtener una visión clara de este enredo, no enmascararlo. No puede haber descubrimientos en la filosofía, ya que todo lo que es relevante a un problema filosófico está a la vista en nuestro uso de las palabras gobernado por reglas. Toda la información que necesitamos reside en nuestro conocimiento de cómo usar las palabras que usamos, y todo lo que necesitamos es recordar este conocimiento.

La filosofía tiene un doble aspecto. De manera negativa, es una cura para las enfermedades del intelecto. Los problemas filosóficos son síntomas de un enredo conceptual en la red del lenguaje. El éxito reside en deshacer los nudos, haciendo que desaparezca el problema, al igual que el éxito en tratar una enfermedad reside en hacerla desaparecer y restaurar la buena salud en el paciente. La filosofía resulta en poner de manifiesto el sinsentido, y en volver experiencia los golpes que el entendimiento se da al chocar con los límites del lenguaje. Estos golpes nos hacen ver el valor de ese poner de manifiesto. Este aspecto negativo bien podría considerarse destructivo.

De manera más positiva, la filosofía es la búsqueda de una representación clara de segmentos de nuestro lenguaje que son una fuente de confusión conceptual. Nuestra gramática, los nombres para el uso de las palabras (sintaxis y léxico), no pueden ser vistos de una vez en su conjunto, no pueden comprenderse de una vez. Y algunos segmentos del lenguaje —términos psicológicos como “mente”, “pensamiento”, “experiencia”, *etc.* — presentan obstáculos mayores para obtener una visión general que las que presentan otros, como p.ej. los términos en ingeniería. Ya que la gramática superficial de las expresiones —esa parte que puede comprenderse de una vez, como las distinciones entre los nombres, los verbos y los adjetivos— es a menudo engañosa. La expresión “querer decir” en frases como “quería decir esto” parece que describiera una acción, pero no lo hace; el sustantivo “la mente” parece que fuera el nombre de una sustancia o cosa, como “el cerebro”, pero no lo es; el posesivo “tener” en la frase “tengo un dolor” parece que significa posesión como en la frase “tengo un centavo” pero no lo hace. Por tanto, “Los problemas no se resuelven dando información nueva, sino ordenando lo que siempre hemos sabido” (*Investigaciones filosóficas* § 109). Esto puede parecer que trivializa un tema profundo, reduciendo la filosofía a un asunto de meras palabras. Pero esto es engañoso.